

me dió un beso, al mismo tiempo que me abrazaba con la mayor violencia.

—¿Y vd. que hizo?—pregunté sin saber que decia de puro ruborizado al oír tal confidencia.

—Yo le grité á una criada, trajeron luz y á poco rato se despidió enfadado. Desde entónces no ha vuelto..... ni volverá..... Atacarme de esa manera, y ofreciendome qué sé yo cuantas onzas.... Yo seré fácil por amor ó por capricho, no por dinero: afortunadamente no me falta nada.... mas bien me dejaria llevar del placer que de la ambicion.....

Todo esto era griego para mí, que no quise entender el precepto bien claro de apagar la luz, abrazar á mi maestra, darle un beso, y ofrecerle, en vez de una onza de oro, una arroba de amor y un quintal de ternura y entusiasmo.

Desde ese dia me chocó el hombre del cuento hasta mas no poder, los instintos despertaban; y Agustina me parecia tan pura como Lucrecia.... la romana, que aún no conocia las proezas de la Borgia. Esta mentira, ó realidad, que ella me contó seguramente con ánimo de decidirme produjo el efecto contrario, y desde ese dia le cobré mas respeto y mas miedo: y si ántes no tuve mas que deseos, despues me acostumbé tanto á reprimirlos, que llegué à estar perfectamente tranquilo á su lado.

Esto basta para dar una idea de mis primeras impresiones. Mas *grandecito* volví á verla, ya vieja y repugnante; y al recordar el tiempo perdido lo lloré, como dicen que hacen los santos.

III.

LAS VACACIONES.

Setiembre.

Los anteriores devaneos solo duraron unos cuantos meses: llegó una temporada de vacaciones (porque soy estudiante) y mis superiores dispusieron que las pasara yo fuera de Madrid-Segovia fué el lugar de eleccion, tanto por su cercanía, como porque mi viejo tutor, á quien desde añora llamaremos D. German, tenia allí un amigo, en cuya casa podia yo ir á posar, sin hacer grandes gastos.

Nunca habia yo salido del hogar paterno, ni habia viajado mas allá del Canal ó el Prado, y eso con un mozo ú otro acompañante cualquiera, que los señores mis padres me imponian como condicion de la liciencia para salir. Ya se puede considerar en consecuencia, lo que yo sentiria mirandome en medio de un camino, solo, dueño de mi mismo, y con una cartera que contenia entre algunas cartas de recomendacion una libranza á mi favor...

Ya soy hombre—decía yo dentro de mí—y algo de extraordinario debía tener mi semblante, cada vez de las mil que saqué la cartera para registrarla y leer mi libranza, puesto que los otros compañeros de viaje me veían con una espresion de estrañeza, que al fin se me hizo notable

A pesar de la rapidez de la diligencia el espacio me parecia largo, infinito, hasta sentirme tentado de preguntar si íbamos á dar la vuelta del mundo: el camino me pareció muy hermoso; realmente lo es, y yo aún no había visto otro mejor ni peor para compararlo. A cada minuto encontraba yo una novedad en los paisajes, y un nuevo motivo de gustar de mi libertad.

Mi gozo duró hasta que me ví en la puerta de la casa de la familia que iba á recibirme, á donde me condujo un mozo que cargaba el pequeño bulto de mi equipaje. Mi situacion era tal, que no me ocurría ni la primera frase del saludo; el mundo se me vino encima, y cuando me ví frente al hombre que me indicaron ser el que buscaba, no supe hacer otra cosa que alargarle la carta que le iba dirigida. Imitando mi silencio la tomó echandome una mirada severa, leyó el sobre, y tan pronto como acabó de leer el contenido, su fisonomía se humanizó y me dijo:

—Con que vd es...

—Sí señor—le contesté sin dejarlo terminar.

—¡Lugarda!—gritó entónces mi huésped.

Y haciéndome pasar de la puerta donde había

pasado esta escena, me hizo sentar, despues de haber pagado y despachado al mozo que me acompañaba.

A pocos momentos apareció Lugarda, la esposa de mi huésped: me presentó á ella, y recibí de ámbos muestras tan positivas de cariño y buena voluntad, que me recobré un tanto. Despues de hacer trasportar mi equipaje al lugar conveniente, fué convocada toda la familia que vino á saludarme: y siguió un paseo por toda la casa, que terminó por mi instalacion en un cuarto de los mejores, con vista al jardincito.

El chocolate vespertino nos reunió en la mesa por la primera vez, y el intermedio hasta la cena, que en los lugares cortos se hace temprano, lo pasé respondiéndole preguntas de las niñas y los papás, sobre los paseos y las novedades de Madrid, la salud de los pocos amigos que allí tenían, y otras bagatelas semejantes.

Las primeras horas estuve cuitado y encogido como buen colegial; pero el trato de aquella gente era tan franco y tan cordial, me dieron desde luego tantas muestras de afecto y sinceridad que al fin de la noche me encontraba ya contento, y me fuí á mi cuarto mas alegre de lo que pensaba.

Miéntas paso esta noche en sueño tranquilo, es necesario que mis lectores se informen de la condicion y circunstancias de esta familia.

Componiase de un padre y una madre, probablemente comunes á todos los hijos. Estos eran

ocho, tres jóvenes casaderas; cuatro varoncitos dos *escolapios* todavía, y una chiquilla que aún no hablaba bien, y apenas hacia pininos.—Los dos muchachos grandes estaban por lo general en el campo; los dos chicos iban á la escuela; y las niñas se ocupaban, no solo en las labores domésticas, sino en pulir hasta cierto punto la educacion, ejercitándose en la música ó la lectura.

La casa era baja, cómoda, y aseada; con un patio lleno de arriates floridos, y un pequeño jardín fresco y frondoso, aunque sin las montañas y las encrucijadas del gusto moderno.

La mesa era servida con abundancia y al mismo tiempo con frugalidad; los platos eran limpios y bien sazonados; cualidades únicas que pueden escogirse en el campo.

El carácter del papá era el de todo labrador segoviano que posee buenos ranchos, para mantener á una familia numerosa y honrada: hablaba poco, salía raras veces de su escritorio, y pasaba algunas semanas fuera del lugar, visitando sus posesiones. Ni una sola vez lo ví regañar á sus hijos con acritud, ni enojarse por una de tantas faltas indispensables en el servicio doméstico: por otra parte hablaba muy pocas ocasiones de ejercer la severidad paternal.

La señora debió de ser una lugareña hermosa y de buena índole: siempre con la risa en los labios, no tenia otra ocupacion su pensamiento que el ar-

reglo interior, la economía, y los ejemplos que procuraba dar á sus hijas.

Estas no eran hermosas, pero llenas de gracias, amables y complacientes; hacendosas hasta donde lo permitia su edad, y aunque no tenian gran cultura, su trato y su lenguaje eran agradables: á lo ménos no les fué difícil agradarme á mí, pobre estudiantillo que no habia visto mas mundo que los dormitorios del colegio.

La sencillez de la provincia dominaba en todos los caracteres: y no con la rudeza del campo, pues poseyendo una fortunilla regular, la familia habia dado sus paseos por Madrid, donde las niñas adquirieron cierto grado de gusto y delicadeza, que las hacia mas apreciables. En ciertas ocasiones sabian prenderse hasta con coquetería; la mamá dejaba libres estos caprichos de la juventud, y ellas se aprovechaban de la deferencia maternal para lucir algunas veces sus tallecitos, ménos groseros y desfajados que el de la inmortal *Dulcinea*.

En fin, siendo todos buenos cristianos, tenian la rara cualidad de no ser hipócritas; y sin que se les pudiese tachar de uraños ni montaraces, tampoco eran gentes salidoras y boruquientas.

Hé aquí la familia de mi primera novia.

Mi objeto era pasear, y por consiguiente, desde el próximo dia comenzaron mis escursiones; solo

unas veces, y acompañado las mas, lo ví todo en pocos dias; quedandome despues reducido á una vida uniforme y tranquila, puramente doméstica. Las pocas personas á quienes debia visitar, no me inspiraron grandes simpatías; así es que bien pronto no tuve que salir á la calle sino á pocos negocios indispensables, como ir al correo, ó á comprar cualquiera bagatela. Pero esta vida no me enfadaba.

Las muchachas y yo simpatizamos de tal manera, que á los pocos dias ya nos tuteabamos. Una de ellas particularmente, Luisa, se habia declarado mi protectora, mi *cicerone*, mi maestra. En todas partes estaba á mi lado para advertirme un inconveniente, enseñarme el nombre de alguna cosa desconocida, hacerme notar una vista hermosa, ó regalarme una florecilla campestre, con que por lo general venia yo engalanado de todos mis paseos. Al principio esto era urbanidad; luego costumbre, y últimamente necesidad: ya la buscaba yo á todas horas, y cuando estaba junto á ella me sentia complacido de una manera íntima y estraña.

Este amor casi fraternal en su nacimiento, me producía dulces é inocentes sensaciones; soñaba yo mil variados placeres, y mi ambicion no pasaba de mirarla á cada momento y recibir sus atenciones. ¿No era muy natural que el instinto me uniese mas y mas á una muger que me preferia y casi me acariciaba? Además, que su juventud y su mérito personal eran bastantes atractivos para

un corazon que comenzaba á sentir los primeros movimientos de las pasiones.

Luisa tendria veinte años; alta y bien formada; un busto arredondado, un talle gentil, un garbo español: nada particular ofrecia su cara, sino una frente espaciosa, y dos ojos negros que si miraban con ternura enloquecian, si miraban con altivez humillaban. Muger sensible por temperamento, y linfática de constitucion; era tierna y amorosa, sentida y algo melancólica. Fácil era que concibiese por mí una especie de afecto blando, que nuestra posicion y nuestras costumbres fortificaban continuamente. Acaso hallaba placer en despertar y estudiar mis sensaciones; en educar mi corazon vírgen.... porque ella habia ya tenido su pasion desgraciada, y tal vez queria apoderarse de mí, amante incorrupto y sincero, de quien no tendria que desconfiar.

Todas las tardes levantaban sus labores las muchachas ántes de que se acabara la luz, y juntos ibamos todos al jardin, á gozar de los poéticos crepúsculos del otoño. Aquella brisa fria y ligera que corre susurrando entre los árboles, los últimos cantos de las aves; el murmullo imperceptible de los arroyitos que regaban el jardin; aquellos celajes espléndidos y vistosos, despues opacos y oscuros; el silencio, en fin, de la naturaleza prócsima al sueño; todo seduce en esa hora llena de encantos y de poesía.

Generalmente, despues de pasear y aun trave-

sear un rato, nos sentabamos indistintamente á tomar descanso: sin pensarlo, Luisa y yo siempre nos encontrabamos en el rincon mas apartado, ó bajo del arbusto mas frondoso y sombrío. Una dulce atraccion nos unia, y sentados uno al lado de otro, pasabamos las horas en silencio, sin dirigirnos una palabra, una mirada sola. Sin embargo, de uno á otro cuerpo atravesaba una corriente magnética que nos narcotizaba; y estabamos en tan íntima y material relacion que el mas ligero movimiento del uno despertaba al otro de su letargo. Yo soñaba, y probablemente ella tambien: me dejaba seducir de mil bellas imaginaciones; el pensamiento volaba por una atmósfera tranquila y perfumada; el corazon tenia sensaciones tan dulces como inesplicables.... Comenzaba yo á amar con la pureza y la calma de la inocencia.

Así nos sorprendia la noche, cuyas sombras hacian mas misteriosa nuestra situacion, y no despertabamos, hasta que la importuna voz y alguno de los otros muchachos, nos advertia que era hora de volver á las habitaciones: entónces, tomándonos de las manos, ó abrazándonos por sobre el hombro echabamos á andar á paso lento, queriendo prolongar aquel abrazo.

Aun eran inocentes estas caricias, pero ya sabia que debia de ocultarlas por un secreto aviso de la naturaleza; y este misterio era un nuevo atractivo, un nuevo estímulo de mi naciente afecto: ya encontraba yo mas sabrosa una de aquellas ojeadas inte-

ligentes y furtivas que se roban á la atencion de una tertulia, que una mirada fria y segura que se sostiene sin temor de una sorpresa.

Por las noches solian reunirse algunos parientes de la casa, jóvenes la mayor parte, que formaban una reunion bastante numerosa, para pasar el tiempo sin fastidio: la música, los juegos de prendas, y algunos paseos por el jardin las noches de luna nos entretenian agradablemente. Pero á mí no me agradaba ya, ántes me enfadaba la necesidad de respetar las conveniencias, de estar léjos de ella muchos ratos, y de ocuparme en otras cosas, cuando solo queria yo hablarle y ocuparme de ella, estar á su lado contemplarla á mi sabor, y no escuchar otra voz que la suya. Siempre buscaba yo un motivo de apartarme y apartarla de la bulla de los demas, para escondernos en el rincon mas oscuro y silencioso.

Una circunstancia favorecia nuestro deseo: la hermana chiquita estaba *engreida* con Luisa; solo ella apaciguaba sus berrinchitos infantiles, solo ella contenia sus lágrimas, solo en sus brazos dormia tranquila: así que á cierta hora, tenia Luisa la precision de huir la tertulia, hasta que dejaba perfectamente dormida y en su cuna á la hermanita. Desde que tuve bastante confianza para presenciarse este acto doméstico, acostumbé por una especie de comedimiento hacerle el agasajo de acompañarla, porque no estuviese sola, de modo que nadie lo estrañaba; y ya se sabia que á ciertas horas,

si faltabamos los dos, era porque *estabamos* durmiendo á la niña.

No era siempre la recámara el lugar escogido por el silencio; las mas veces, y si habia luna particularmente, nos saliamos al corredor que tenia las circunstancias de la frescura y la soledad.

Luisa se sentaba con su hermana en los brazos, yo á su lado, sin hablar una sola palabra mientras permaneciamos así.

La luz de la luna hermosea todos los objetos, y á las mugeres las diviniza: bañando muchas veces la frente de Luisa, le daba á su fisonomía un colorido tan apacible, unas sombras tan suaves, un per fil tan vago y tan bello, que me deleitaba yo contemplandola. Sea coquetería, sea que ella tambien buscaba en la luna la inspiracion y los recuerdos, Luisa siempre tenia levantados los ojos al cielo, y reflejaban la luz del astro sus dos pupilas negras, con un brillo que me deslumbraba. Algunos momentos, cuando mis miradas eran tan íntimas que se le hacian sensibles, volvia hácia mí sus ojos, y me acariciaba con una sonrisa.... volviéndome á dejar con libertad de mirarla á mi sabor. Me desvanecia el movimiento tranquilo y uniforme que imprimia á su seno la respiracion, interrumpida alguna vez por los suspiros de la niña dormida, en cuya frente solia imprimir Luisa un besito muy suave por no despertarla.

El ménos poético de mis pensamientos en aquella situacion, era suponerme casado ya con Luisa,

y que aquella criatura angelical que dormia en el regazo materno, era el fruto de nuestros tiernos amores.

Sí; ya estaba yo enamorado: pero aún no le habia dicho una palabra. Tampoco era necesario: nuestros corazones se entendian demasiado; y ese mismo silencio concentra en el pecho el perfume delicado de la muda adoracion. Parece que con las palabras se evaporan los afectos; decir lo que se siente en ciertos casos, es descolorar las ilusiones, enturbiar los placeres íntimos del alma: desde que el amor pierde su misterio y su reserva, pierde sus mas dulces encantos.

Mi declaracion y su correspondencia, fueron la cosa mas original.—Le habia yo escondido por juguete, no sé que bagatela, por que ella se interesaba ó fingia interesarse: toda la tarde la buscó con un empeño que me complacia, y me obligaba mas á ocultarla. En la noche nos encontramos casualmente en uno de los ángulos mas solitarios del corredor.

—¿Tú lo tienes no es verdad?—me preguntó deteniendome.

—Yo no—le respondí sonriendome.

—No me mortifiques, devuelvemelo, que ya sabes que lo quiero mucho.

—¿Mucho?....

—Sí.... devuelvemelo.

—Bien, yo lo tengo; pero en cambio me has de dar un beso.

—¡Oh! eso no....

—Pues no te lo doy.

—¿Un abrazo.... quieres?....-y me pasó los brazos al derredor del cuello.

—No: un beso.

Ella vaciló un instante, espió en derredor, y presentandome la mejilla, me dijo en voz baja:

—No vayan á vernos.

Al besar yo sus labios, me estrechó contra su corazon, y se alejó sin recobrar su prenda, corriendo como una niña traviesa.

Un beso ha sido el mayor favor que he recibido de todas mis amantes; por esta razon lo considero todavía como el mayor deleite.—Este primer beso fué mi iniciacion en el placer, mi bautismo de amor.

Desde esta noche quedaron desvanecidos mis temores de una repulsa, se establecieron nuestras relaciones con franqueza recíproca y me entregué á gozar de mi amor con toda el alma.

Pero no sé por qué causa, no estando yo pervertido y habiendo brotado este afecto de un corazon virgen, tomó desde los primeros dias un carácter de sensualidad inexplicable. Ni á mi temperamento lo atribuyo: siempre he sido un hombre frio; y aun los mas licenciosos y bárbaros cuando aman de veras, huyen hasta de los pensamientos lúbricos que pueden empañar la pureza de su amor. A la muger del corazon se respeta con fanatismo, se adora sin tocarla, tal vez porque el instinto avisa que la primera profanacion será el último momento de felicidad verdadera.

Lo cierto es que yo, estando á solas con ella la tenia siempre abrazada; recargaba mi cabeza en su hombro ó contra su pecho; dormía muchas veces en su regazo, le hacia algunos cariños lascivos y la besaba con tanta frecuencia que algunas veces me preguntaba no con enfado, sino con curiosidad:

—¿No te cansas de besarme?

Yo por toda respuesta cerraba sus labios con los míos, y si estábamos cogidos de las manos, como sucedia casi siempre, las suyas estrechaban las mías con violencia.

Llegamos á ser inseparables hasta tener que sufrir algunos epigramas de las hermanas maliciosas. Tan pronto como percibí que las chicas nos observaban, ó que éramos tan imprudentes que nos denunciábamos nosotros mismos, me refrené un poco, no precisamente por el temor de las muchachas sino por el de los papás. Pero esta represion de algunos dias produjo un acceso mas fuerte; y á título de costumbre me tomaba mayores franquicias de las que legalmente habia adquirido por el hábito.

Siempre que entraba yo á su recámara á una hora impropia; siempre que la iba á interrumpir en sus labores para apartarla de los demas y llevarla al patio ó al jardin, temia yo una justa represion, una prohibicion indirecta de los papás; pero nunca ni en esta época, ni despues, observé en ellos la menor muestra de disgusto ó malicia. El amor es sin embargo, la cosa que ménos puede ocultarse, mucho ménos á los ojos de personas que han pa-

sado ya el mismo camino: me celarian tal vez, me espiarían; pero jamás me dejaron percibir ni la menor sospecha. Hasta yo mismo reprendía, es-trañaba ese descuido, que para mí lo era; mas tarde, al ver otros casos semejantes he reprobado en muchos superiores este disimulo peligroso; pero hoy esplico y disculpo esa conducta prudente y preservadora.

Los jóvenes tienen obligación de ser buenos, y muchos los son: mientras un hecho no desmienta en alguno esta opinión, no hay derecho para juzgarlo mal. Concebir sólo una sospecha y decírsela á un joven, es manifestarle la posibilidad de que haga aquello, es advertirle que existe un placer que no ha gozado, que no ha visto, teniendolo cerca de sí. Darle á entender las sospechas y no hablarle con franqueza, es ofenderlo sin motivo y precipitarlo á una venganza ya sin consecuencias: los jóvenes aman mucho su reputacion ántes de verla manchada: una vez que no tienen que perder, lo pretenden todo siquiera por compensacion. En fin, darse por entendido de una cosa, dejando comprender que se percibe el peligro sin remediarlo de una manera completa, porque muchas veces lo hacen imposible las circunstancias, es tolerarlo tácitamente y dar ocasion á que los jóvenes se desembozen y pierdan enteramente el respeto. Por otra parte, un placer prohibido es mas provocativo; el que se ve celado con cautela y acaso con perfidia, se empeña forzosamente en burlar esa vigilancia

que puede ser inmerecida muchas veces. El corazon es naturalmente generoso; y ántes que llegue la corrupcion del mal ejemplo mundano, un joven nunca viola la confianza que de él se hace.

Este fué ciertamente el motivo porque yo en esta ocasion, pudiendo, si no me engaño, alcanzar algo mas que besos, no quise ser ingrato á la hospitalidad y la confianza que recibia. Las licencias que Luisa me permitia me prometian otros goces; yo los deseaba, pero sentia un remordimiento amarguísimo al considerar que mi crimen no tendria ni la gracia de burlar una activa vigilancia. Además, que la misma facilidad de Luisa, entibiaba el ardor de mis deseos.

Era yo tan sandio como lo siguiente.

Tenia en aquel lugar un pariente lejano que quiso hacerme el obsequio de llevarme á pasear á sus posesiones, armando una partida de campo. Luisa y su familia fueron invitadas, pero por una de aquellas susceptibilidades de pueblo, determinaron no ir. En consecuencia, yo recibí orden de no concurrir tampoco; y en realidad no habria ido si no me llevan casi á fuerza: aquella separacion de unas cuantas horas me parecia eterna; sin Luisa no iba yo á encontrar mas que fastidio y tristeza. Pero al cabo fuí.

Todo el dia estuve pensando en una ofrenda que llevar á mi ídolo, una muestra de que su memoria á lo ménos no me habia abandonado: queria yo hacerla partícipe de los placeres que estaba gozando,

y solo con esta condicion me abandonaba à ellos. Empero yo no podia llevarle una copia de los hermosos paisages que estaba viendo, ni una poca de agua del cristalino rio, ni siquiera un pedazo de bizcocho ó un alon del pollo que comimos en la mesa: buscaba yo algo que llevarle y no lo encontraba. Salimos á pasear por las sementeras y llegamos á un cebadal dorado y bello como el oro. Aquí está lo que buscaba—dije entre mí; y comencé à cortar espigas y à guardarmelas.

—¿Qué está vd. haciendo?—me preguntaban sorprendidos los que me veian.

—Nada—respondia yo temiendo que leyeran en mi semblante el regocijo y su causa.

Una flor silvestre hubiera sido el regalo verdaderamente poético y simbólico; no señor, á mi me ocurrió llevarle cebada y no una espiga sino una carga, todas las que pudieran caberme en los bolsillos del pantalón y la chaqueta. Quería yo hacerle comprender la efusion de mis afectos por la abundancia de la semilla.

Larguísimo me pareció el camino de vuelta, me palpitaba el corazón al pensar en la dulce sorpresa que iba á causarle y las caricias que iba á recibir en recompensa. Entré á la casa buscando á Luisa, y la hallé por fortuna sentada en el dintel de una de las puertas del patio. Corrí á ella, y sin hablarle, comencé á vaciarle en la falda los bolsillos. Con razon me preguntó ella sorprendida:

—¿Qué es esto?

—Te las traje para que vieras que me habia acordado de tí.

—Vaya; te lo agradezco—me contestó con una sonrisa irónica, que me hirió lo mas íntimo del alma.

Estas son las miserias del candor, los engaños de la intencion que todo lo idealiza: estas son las ridiculeces del amor; las colegialadas que despues se nos vienen á la memoria para causarnos risa y vergüenza: no se rie solo el que se acuerda de sus maldades, sino tambien el que al traves de estos recuerdos risibles mira su caricatura.

Daria hoy algo por recordar alguno de los mil dulces coloquios que teniamos en el jardín ó el corredor. Entónces no conocia yo otro medio de poseer á una muger, que el matrimonio; y á él se referian todos mis propósitos y todas mis esperanzas. Estudiante de lógica veia yo muy lejano el término de mi carrera; y desde luego me proponia yo tirar la turca, y sentar plaza en el ejército, meterme de contrabandista, sacarme la lotería... ¡Cuanto disparate no se me venia á la imaginacion!

Unas de las gentes que mas envidia me causaban eran los canónigos, que veia yo ricos, y pudiendo mantener á una familia: solo la incompatibilidad del oficio con el matrimonio me hacia desechar el proyecto de seguir estudiando, hasta conseguir una media racion: me lisonjeaba tanto semejante idea, que si hubiera sabido como hoy, que

no son tan incompatibles una prebenda y una novia, puede que al fin me hubiera determinado á entrar siquiera de sacristan.

Pobre de mí! Cuanto padecía viendo tan remota la realizacion de mis ensueños! y cuantas humillaciones sufría mi amor propio con la impotencia de mi situacion! Luisa me amaba, yo la adoraba; ¿por que no nos uniamos al instante? ¿á que tanta promesa para lo futuro?.. Mi pobreza era el único obstáculo: esta consideracion humillante me martirizaba, me hacia enmudecer muchas veces.

—Pero me querrás siempre?—le preguntaba yo con el candor de un Fileno.

—Siempre.

—¿Me esperarás hasta que sea posible casarme contigo?

—Sí, Sí.

—Aunque lleguemos á viejos hemos de casarnos.

—Sí.

—Pues dame un beso...

Este era el final de todas nuestras conversaciones; á no ser que enfadada ella de oír la misma enfadosa cantinela todos los dias, comenzaba á suponerme ingrato, y me daba anticipados zelos de una de las niñas con quienes vivía yo en Madrid; de seguro que entónces acababamos por enojarnos, y el final de los besos se difería para la noche ó la mañana siguiente, previa la reconciliacion.

Las mugeres son vengativas, ó Luisa no me amaba.—Como á mí me convidaron para una parti-

da de campo, así ella fue convidada á pocos dias para un baile al cual no fui invitado, y al cual no hubiera ido aun cuando hubiese recibido formal convite: la razon era muy sencilla; mi turca de estudiante no era la mejor casaca, y apénas habria pasado mi traje en un baile de fantasía. Luisa, que se alborotó desde que tuvo noticia, comenzó á consultarme si iria; pero me pintaba tan difícil su situacion, estaba tan comprometida, que protestandome no ir, me ponía la fácil condicion de que yo mismo fuera quien la disculpase con sus papás que la *obligaban*, y con las gentes cuyo convite no podia desairar, sin cometer una falta reprehensible. Yo estaba creído en que sus protestas eran sinceras, y á pesar de que veía yo los aprestos y las disposiciones previas, dormía tranquilo. El dia del baile llegó, y la ví tan formalmente empeñada en preparar el vestido, las flores, &c., que tan pronto como pude aprovechar un momento le hablé con resolucion.

—Tu vas porque quieres, no porque te obliga nadie: si te hubieras fingido enferma...

—Pero conocerán que es fingido.

—Rompieras el vestido...

—Pero tengo otros.

—A lo ménos no mostrarias tanto afan, tan positivo gusto.

—Por disimular mejor.

—Pero que es lo que disimulas si al cabo has de ir?.. Dí; vas al baile?